

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal Plaza Constitución, 13 : Villanueva y Geltrú TELÉFONO 531.	En primera plana, 0'20 pesetas línea
Un trimestre. 1'50 »	Insértese o no los escritos que se remitan a la Redacción, no se devuelven los originales	En tercera » 0'15 » »
Número suelto 0'10 »		En cuarta » 0'10 » »
Número atrasado 0'25 »		Comunicados » 0'20 » »
		Rebaja a los suscriptores y según el número de inserciones

LA REVOLUCIÓN RUSA

Todos los que con avidez febril leyeron en sus mocedades a Gogol y Kropotkine Dostoyevski y Tolstoi; cuantos llegaron a participar de la pasión que se refleja en su literatura; los que rindieron tributo de admiración a los apóstoles forjadores de pueblos eslavos, si les sorprendió el momento de la Revolución rusa no les causó la extrañeza que a otras gentes, sólo predisuestas a ver en la explosión moscovita lo que a lo sumo son meros factores auxiliares y manejos ocultos, maquinaciones diplomáticas encaminadas a sustituir un régimen para mejor servirse del nuevo en la finalidad de la gran guerra. Esas gentes no ven más que lo secundario, lo que ellos califican de «tradicionales perfidias de Albión, contra una dinastía aliada».

No. Los perezosos de cuerpo y de espíritu, los que jamás han sentido inquietudes y no han puesto a contribución de un ideal un ápice de su voluntad, no saben explicarse los fenómenos por el esfuerzo que les precede; creen que el hecho histórico, el suceso político es obra de una combinación caprichosa; afirman que una mano oculta — la de la reacción unas veces, la mano de la masonería otras, algunas la de Inglaterra y no pocas la *mano que aprieta* — es el único poder que señala a la Humanidad un camino ya trazado. Sin alma para interesarse por las cosas del mundo y hasta sin observación para percibir el ruido con que los cataclismos anuncian su llegada, ni adivinan su proximidad ni se percatan de su existencia hasta que los tienen ante sus ojos. Entonces procuran asirse a la suprema razón del milagro o al cómodo infundio de la red misteriosa para explicarse el fenómeno que no presintieron. Este, por el contrario, si a veces lo engendra la casualidad, acostumbra a ser la resultante de toda una actuación social y política, sin misterios y sin milagros.

Lo que ahora acontece en Rusia, la Revolución heroica, grandiosa, sublime, que está cambiando de raíz el Imperio moscovita, es el parto laborioso, pero tan seguro y fatal como el parto fisiológico, de un pue-

blo cuyas entrañas fecundó el trabajo continuado, perseverante de unos hombres esclarecidos, con fuego en el alma, plétora de entusiasmo y fe y disposición para el sacrificio, que en discursos, artículos, folletos y libros, propagaron la buena doctrina; es el esfuerzo de las generaciones eslavas que han seguido a la liberación incompleta de los siervos para empujar a su patria en el camino de las conquistas modernas; es el triunfo de vidas de virtud y abnegación, ejemplares para la masa, propulsoras de grandes movimientos; es la encarnación de la novísima enciclopedia rusa en la gobernación del Estado; es la protesta airada y la respuesta digna a la política de engaño que los cortesanos del zar siguieron al ofrecer, sin ánimo de cumplir la oferta, libertades públicas y reconocimientos de tradicionales privilegios a las sufridas provincias bálticas; es la réplica contundente a la arbitraria disolución de las Dumas cuando no se prestaron sus miembros a ser corifeos de las desatentadas pretensiones de los déspotas.

Nosotros, admiradores de la tierra de Lloyd George, ¡cómo regatear en la lista de nuestras fervorosas adhesiones este nuevo éxito de su diplomacia! Pero nuestro afán de justicia nos obliga a reconocer que la Revolución rusa es obra primordial del pueblo ruso y que la esplendorosa manifestación vital que los occidentales contemplamos absortos mirando al lado opuesto de Europa, es fruto de un ambiente allí creado por las predicaciones de los hijos selectos de Rusia y por la conducta de los poderes caídos: aristocracia y burocracia; en rigor un solo poder con la carcoma de todos los vicios, de todas las podredumbres.

* *

Los extrañados, los que sin valor para confesarlo odian las innovaciones, esperan la contrarrevolución, fraguada por los intereses que en Rusia se derrumban, en alianza con ultra-radicalismos, que quisieran hacer precipitadamente su camino. Esos elementos conservadores, o mejor,

reaccionarios, leen con complacencia los textos cálidos de las arengas y proclamas, la exuberancia de propósitos, los programas ribeteados de utopías y sobre todo, la invasión de atribuciones que en la propia esfera del gobierno cometen obreros y soldados.

También nosotros participamos de esa complacencia; también nosotros gozamos con insuperable fruición ante el confortador espectáculo de la Rusia nueva. Pero es que nosotros tenemos seguridad absoluta de que después de las naturales oscilaciones de un período de agitación, triunfará un sentido de libertad, digno de los hombres que han iniciado y favorecido la emancipación eslava; es que no abrigamos la duda menor de que el pueblo que ha sabido conquistar su dignidad y su ciudadanía no retrocederá por nada, ni por nadie, por muy valiosos que sean los agentes provocadores y muy grandes los intereses complicados; es que tenemos absoluta fe en el ambiente provocado por las campañas y la conducta de los buenos pastores y sabemos cuán grande es el odio que los malos pastores despiertan en los corazones rusos.

Claro está que se abre a nuestra curiosidad una etapa con un gran interrogante, como observa muy prudentemente D. Miguel de los Santos Oliver, hablando del espanto que Rusia produce. Decía Pi y Margall, que las revoluciones se sabe cómo y cuándo empiezan, y que no es dable adivinar cómo y cuándo acaban. Si se añade a la revolución rusa, entre otros términos del problema, la diferencia de nacionalidades que forman el territorio vastísimo del Imperio y la heterogeneidad de su población, formada por más de 170 millones de hombres, se concibe que no será tarea fácil encuadrarla en un marco político occidental. Mas, repetimos, no dudamos ni puede dudarse de su consolidación y la autocracia rusa «rodeada de su séquito inseparable, la superstición y el crimen, pasa de súbito a ser nada más que un recuerdo histórico».

Los que ven con agrado un peligro para la nueva Rusia en la reproducción de las jornadas del 93 de Francia, consuélense pensando que si en pocas horas se pasa del